

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. *Hija, esposa y madre* (continuacion), por Maria del Pilar Sinués de Marco.—*Mujeres y adornos*, poesia, por D. A. F. Grilo.—*Zaida Sobeiha*, (conclusion) por D. Federico de Sawa.—*Un paso mus...* por D. Jerónimo Lafuente.—*El lucero de la tarde* (continuacion), por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—*Modas*, por Pamela.—*Esplicacion del pliego de dibujos*, por Pamela.—*LÁMINA*.—Un pliego de dibujos.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

XXII.

JUAN RAUTISTA Á SU PADRE.

Épila, agosto de 18...

El temor de volver á incomodar á V., mi querido padre, me ha hecho hasta ahora guardar silencio, bien contra mi voluntad: he creído que cuando me alejé de su lado, yo le era enojoso, y que todo lo concerniente á mí debia molestarle; pero aunque así sea, yo no puedo pasar mas tiempo sin decir á V., á mi padre, á mi hermano y á todos los que amaba en esa, que me acuerdo de ellos, y que soy infeliz aquí donde no los veo.

Mucho deseo volver, aunque no estoy curado ni lo estaré jamás de lo que V. y mi madre llaman *mi locura*: la ausencia ha agravado mi mal: de lejos, pienso mas en ella: la encuentro llena de perfecciones: lo siento, pero no puedo evitarlo.

Y bien, padre mio, porque soy desgraciado, ¿he de estar siempre lejos de los míos? ¿renegará de mí toda mi familia? ella se irá pronto... ¿no es cierto que se irá pronto á Madrid? ¿y entonces, por qué no he de volver? seré culpable porque ame los sitios en que ella ha estado? ¿porque rece ante la misma imágen que ella ora-

AÑO I.—NÚM. 33.

ba? ¿porque busque las flores que ella preferia? Padre, V. me ha dado siempre grandes pruebas de su amor: contra la voluntad de mi madre, me dejó seguir la carrera de leyes, porque no queria ser labrador; ha sido para mí indulgente, bueno y justo: por todo esto le suplico ahora que me responda y me diga cuando querrá que salga de aquí... no diré á V. que estoy enfermo... eso no debe decirlo un hombre; pero sí le diré que la inaccion me consume... que deseo volver á ocupar mi sitio en los quehaceres de la casa, y en la mesa de mis padres... si es preciso, no la veré aunque esté ahí... huiré de los sitios en que pueda encontrarla... pero, á lo menos, logre yo volver á mis antiguas ocupaciones: padre, lea V. esta carta á mi madre, y á pesar de su severidad, verá V. como, si le pide su parecer, le dice que vaya, pues en ella verá cuan infeliz es y cuanto sufre su hijo que les quiere mucho

JUAN BAUTISTA.

XXIII.

EL ALCALDE A JUAN BAUTISTA.

Urrea, agosto de 18...

Mi estimado hijo: me alegraré que estas cortas líneas te hallen mejorado: yo y tu madre y Santiago buenos, á Dios las gracias.

De lo que me dices de venir, por ahora, no lo pienses: si no te se pasa la *zangarriana* que te ha dado y los *enamoricamientos* de la hija de la condesa, ahí te morirás de viejo; ¿te habrás de salir con la tuya, como dice tu madre? ¿no faltaba mas! si tú eres terco, yo tambien, y mas que un mulo: con que lo dicho, y no hay mas que hablar de este asunto.

Ya no está en casa de Herrera esa muñeca de *mirame y no me toques*; se fué á la gran casa de esa señorona que lleva una capa como un obispo y tacones de á palmo en los zapatos: toda la familia, que no sé de qué gente se compone, está allí, y ella se ha marchado tambien: puede que ahora engorde, porque estaba tan encanijada que, si seguia *asina*, iba para ética;

8 DE SETIEMBRE DE 1864.

allí han ido también muchos lechuginos de la ciudad, y todos los que están de veraneo en las casas de campo vecinas; cuidando de la hacienda he visto ya pasar por dos veces á la *señorita alfreñique* montada á caballo y seguida de varios caballeros; detrás ¡iban, en coche, la Mariscala y la Condesa.

¿Si pensarás ahora que en esa gran casa dorada se acordará ya de tí? aunque loco, nunca te tuve por tonto, y eso sería serlo de remate.

Lo mas que te puedo ofrecer es que así que ellos se larguen á Madrid, vendrás tú, y no para andar por los campos como alma en pena, sino para marchar al momento á la ciudad, acabar tu carrera y casarte con la hija del escribano; de esta no tendrás que decir, y te gustará mas que la chica de Herrera porque es una *moza como un trinquete*, alta, robusta, rubia como unas candelas, colorada y frescachona, y que así sabe amasar, como hacer la colada, y guisar la olla que la puede comer un canónigo.

Como ahora vá el mundo al revés, parece que el hijo de la Mariscala, que acaba de llegar, anda muerto y penado por la vanidosa de Valentina... y eso que está en días de casarse con la hija mayor de la Condesa: ¿se deshará la boda? me alegraré para que pague esa familia los malos ratos que nos ha dado á mí y á tu madre.

Y ya que nombro á tu madre: con todo su geniázo está, desde que te has ido, como *palillo de suplicaciones*, de flaca: ella no prueba la olla: ella no duerme y se harta de llorar de noche y de día; pero antes que dejarte seguir el festejo con la hija de la Condesa, se dejará morir y á tí lo mismo.

Los demás tan famosos, Santiago listo y fuerte y muy en casarse con María, dentro de algunos meses: los bueyes tan buenos: los cuatro pares de mulas, gordas que parten; la pava grande ha sacado catorce pollos, redondos y *amarillos* que se criarán con la ayuda de Dios: las gallinas tan ponedoras: los cerdos nos darán gran matanza, y con ella cuenta tu madre para ponerte la despensa cuando te cases con la escribana.

Hijo, mucho consuelo he recibido con tu carta y todos lo mismo: todos te queremos, eso no lo debes dudar que ya lo sabes. Santiago parece cuerpo sin sombra, y ni aun su novia le alegra; cuando sueña, te llama y dice tu madre que yo hago lo mismo por las siestas; mira, así que se vayan esas gentes gordas vendrás, y si tardan, daré yo una escapada con Santiago para ir á abrazarte.

Dime con verdad si estás malo: con el arriero te envío vino moscatel, tortas de las que te gustan, que ha hecho tu madre, y cien reales para que fumes: por dinero no te aflijas, que en casa lo tenemos, y, si no, hay cosa que lo valga,

y nada te faltará; mira, Juan, que deseo que te se pase esa manía mas por mí que por tí, porque tú eres en lo que tengo puesto todo mi *aquel* y todos mis cinco sentidos.

Porque, hijo como tú, ni lo ha habido ni lo habrá, como dice tu madre; hombre, *animate*, y pecho al agua, que mas valen los tuyos que esa chiquilla delgaducha con voz de flauta: de fijo que no te parece guapa porque no lo es, y que tu tozudez es hija de *fantasia* y vanidad... lo que, créelo, Juan, porque tu padre te lo dice, me mata de pesadumbre y mas aun á tu madre.

Yo de mi nada quiero decirte, pero desde que te fuiste, parece que me han echado diez años encima: que un hijo es cosa buena; y mas si es el mayor... eso algun dia lo sabrás... y también las penas que nos costais.

Y no cansándote mas, recibe los finos afectos de tu madre y de Santiago, de María y de la escribana, del señor vicario, su hermana y su sobrina, de la tia Milorcha, del tio Bailon y su hija y de tu padre que te estima y verte desea

MATIAS.

(Se continuará.)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

MUJERES Y ADORNOS.

Sedas, adornos, placer,
Ansia de dichas y amores,
Este es el mundo de flores
Donde vive la mujer.

Llena de dulce alegría
A la moda se acomoda;
Para una mujer la moda
Es el pan de cada día.

Entre sus trajes circula
El misterio del descuido,
La *toilette* es un Cupido
Que á las mujeres adula.

Dos lunares, un color
Disimulado, discreto,
Hé aquí, lector, el secreto
De un frasco de tocador.

Una flor la niña trae
Sobre su frente de nieve;
Aquella flor no se mueve,
Y parece que se cae.

Yo, lectores, no soy viejo
Y esa flor me dá á entender
Misterios de un alfiler
Y caprichos de un espejo.

¿Qué dice empero la flor,
La gasa, el rizo, y la pluma?
Una verdad, que es en suma
De axiomático valor.

La pluma, la cinta, el rizo,
Son hechizos de la bella,
Pero ¿qué hechizo descuella
Ante el natural hechizo?

Y por esto es mi opinión,
Y de ella no me abochorno,
Que una bella es el adorno
Mas bello de la Creacion.

A. F. GRILLO.

ZAIDA SOBEIHA.

EPISODIO ÁRABE.

(Conclusion.)

En Agmat, pequeño pueblo, fueron encerrados en un castillo, y diz que, cuando marchaban á la prision, un alárabe llamado Abul Hasen Hasuri, dolido al verles, hizo unos elegantes versos en su elogio, y Aben Abed le regaló treinta y seis doblas de oro, que era cuanto en el mundo poseia.

Muhamed Aben Abed, el valiente rey, el gran poeta, murió cuatro años despues no pudiendo sufrir el abatimiento y pobreza á que su triste destino le habia traído desde las brillantes gradas de un sólio.

En cuanto á sus hijos, vivieron pobres y oscurecidos en Africa.

X.

No lejos de Agmat, sobre la ancha cumbre de una alta roca, alzábase un castillejo de récios muros, flanqueado por dos torres anchas y cuadradas, de antiquísima construccion, á colegir por el color pardo-oscuro de sus grietados muros, entre cuyos resquicios florecian jaramagos, espinos y malvas locas; le defendia una profunda caba y un pequeño puente levadizo.

Cuanto la vista alcanzaba desde la barbana de la fortaleza, eran terrenos calcáreos, estériles, sin agua, sin plantas, sin pájaros cantores. La naturaleza no ostentaba allí sus galas. No oíase otra cosa que el estridente graznido de las águilas y los cuervos, y el rugido de las fieras, dignos habitantes de aquella tierra inculta y salvaje.

Aquel castillo era, en los tiempos de paz, la mansion de Abu Bekir.

Cerca de la oracion de alaxá (1) de un caluroso dia, en un pequeño aposento del castillo, conferencia ban dos personas delante de una mesa cubierta de ricos manjares, sabrosas frutas, y cuatro jarrones de oro llenos de Sahbá.

La primera, de pensativa y lánguida espresion, era Zaida Sobeiha: su deslumbrante y soberana belleza se veia como abatida, apagada por un recóndito y sombrío pesar: con sus ojos lánguidos y dulces, y la intensa palidez, que se difundia en su peregrino rostro, parecia una creacion animada de Fideas, representando el ángel del dolor.

En frente de ella estaba el walf Abu Bekir, que se mostraba placentero, sonriente, y bebia en una riquísima taza de oro cincelada, del beneficioso licor que encerraban los jarrones.

Sobeiha sonreia tambien, aunque de vez en cuando un relámpago de ódio irradiaba de sus grandes ojos.

La estancia en que se encontraban era admirable.

Paredes de axaraca matizadas de azul y oro; columnas de pórfido con basamentos de mosaico y la resplandeciente cúpula dorada, imitando estalactitas, de la que pendia una lámpara de seda; divanes de damasco, una alkatifa de Persia, y cuatro perfumeros de oro de Ofir en los que ardian sábeas aromas.

—¡Hermosa noche! exclamó medio ébrio Abu Bekir; rodeado de perfumes que embriagan... soy feliz, ¡oh! sí, muy feliz: no cambiaria estos venturosos momentos por el divan de Damasco. Al fin, has sido humana, te has apiadado de mi, y corresponderás esta noche á mi amor. ¿No es verdad Zaida?

—¡Oh, sí!... contestó con acento extraño Sobeiha.

—Aláh te bendiga, gloria mia.

Y Abu Bekir se levantó bamboleando, y aproximóse con los brazos abiertos á Sobeiha que se apartó bruscamente.

—Aun no es hora... espera, Abu Bekir.

—¡Esperar!... ¡esperar!... ¡Cuánto tiempo hace que espero!... ¡Oh!... ¡qué hermosa eres, Zaida mia!... quisiera ser rey del mundo para sentarte sobre un trono de brillantes y zafiros; para que todos te admiraran postrados de hinojos... He sufrido mucho, ángel mio, porque mi amor es grande, ardiente como el sol del desierto... Si yo creyera que tú me engañabas, si prefirieras á otro que á mí, no sé lo qué haria, pero seria cruel mi venganza... te mataria y luego moriria de pesar... ¿Me amarás, luz de los cielos?

—¡Oh, sí, te amaré como nunca he amado! contestó opacamente Sobeiha.

—Tú no sabes cuánto bien me hacen tus pa-

(1) Al anochecer.

labras... Mis ojos se oscurecen y, sin embargo, te veo pura, ideal, delante de mí; arde mi frente, y al mirarte, brisas celestiales la refrescan.

Abu Bekir llenó otra copa y la bebió de un sorbo.

—Es extraño, siguió, tengo sed... una sed horrible... mis sienes estallan y parece que me salta el corazón.... ¡Ah!...

Y el walí lanzó un grito de angustia, y levantándose, dió dos ó tres pasos y cayó desplomado, inerte, á los piés de la mesa, oprimiéndose el pecho con las manos.

Zaida se irguió y le midió de una ojeada irascible y altiva.

—¡Aláh! ¡qué es esto!... ¡Oh! Todo lo comprendo... esta lava que fluye en mis venas... este fuego devorador que destroza mis entrañas... Sobeiha... me has envenenado y yo no puedo vengarme... ¡Maldición!., ¡Maldi!...

Zaida adelantó, y repuso con frialdad:

—Juré sobre el cadáver de Omar que le vengaría, y cumplo mi ofrecimiento... El vino que has bebido está emponzoñado... ¡Pensaste, miserable, que la hija del amir Aben Abed, cuya desgracia has causado, podría amarte á tí, el asesino de mi amante, el que ha sumido á los míos en el dolor y la miseria... á tí, el villano, el fementido que me roba despiadadamente? Si he fingido por un momento corresponder á tu ruin deseo, ha sido para traerte á la situación en que te encuentras... Yo te desprecio y morirás, morirás delante de mí, sin consuelo, desesperado, como murió mi Omar.

—¡Socorro, socorro!... murmuró con voz ronca el moribundo.

—Llama cuánto quieras: tú mismo has mandado á los tuyos alejarse, y tus gritos se estrellarán contra las paredes de este aposento.

—Yo he tenido la culpa, he confiado en tí... Creí que podías amarme, me has engañado... y me matas.

—Y nadie te vengará, porque has dicho á tus servidores que me obedezcan ciegamente, y partiré de este lugar maldito. Mi venganza está cumplida; me has destrozado el corazón y te mato.

—Piedad... piedad... sufro... acerbos... tormentos.

—¡Piedad!... ¿la tuviste para mí?

—Yo muero... ¡misericordia, Aláh!

Y sus ojos rodaron desvanecidos en las órbitas, sintió flaquear su pecho, levantóse como movido por un resorte, exhaló un grito desgarrador, y agitándose en una postrera convulsión, espiró.

La sultana, rígida, altiva, miró con atonía el cadáver, y salió lentamente de la estancia.

.....

Zaida Sobeiha vivió algunos años al lado de su familia, poseída de una profunda melancolía, que la llevó al sepulcro.

Al espirar, vagaba en sus descoloridos labios un nombre querido, el nombre de Omar ben Ahmed.

FEDERICO DE SAWA.

UN PASO MAS...

I.

«Amigo Juan: te escribo para darte una noticia que me tiene preocupado hace algunos dias.

»Pepe, nuestro buen amigo Pepe, piensa en casarse, y lo ha consultado conmigo.

»Me hallo, como podrás suponer, en un gran apuro.

»Para poder darle mi parecer, le he pedido tiempo, porque el asunto ya ves que es delicado.

»Y tanto es el amor que me tiene nuestro amigo, que estoy seguro de que no se casa, si yo no le digo que lo haga.

»No quiere decir esto que Pepe deje de tener voluntad propia; pero me ha dicho:

—Blás, estoy enamorado, y quien dice enamorado, dice ciego: como tal, no puedo ver á Luisa tal cual es, no puedo estudiar su carácter, sus cualidades, buenas ó malas, sus defectos, si los tiene. Sé tú, pues, la razon que piensa; yo no puedo ser mas que el amante apasionado. En tí confío: si Luisa es buena, si es digna de mí, si ha de hacerme feliz, ó si, por el contrario, creés que he de ser desgraciado uniéndome á ella, tú, que puedes conocerla y observarla, con ánimo sereno, sin que la pasión te ciegue, dímelo sin rodeos. Quiero, necesito tu opinion.

»Esto me dijo Pepe, y conociendo yo que no tengo mas remedio que salir del paso, he hecho algunas reflexiones y sigo haciéndolas cada dia.

»Tú no conoces á Luisa, bonita muchacha... demasiado quizá.

»Inconvenientes que acompañan á la mujer hermosa:

»Es regla general que á todas las muy bellas les cuadra perfectamente aquello de la fábula:

Tu cabeza es hermosa,

Pero sin seso.

»Hay mucha semejanza entre las beldades y los pavos reales.

»Habrá escepciones: Luisa será tal vez una de ellas.

»El marido de una hermosura fácilmente llega á ser celoso, y si ella es un poco casquivana, Dios nos asista.

»Cuando yo haya de casarme, buscaré para mujer una de quien digan los que la vean:

—¡Pch... no es fea!

»La belleza y la modestia rara vez están juntas.

»Luisa es bella y debe saberlo; si lo sabe, debe habérselo creído; y si se lo ha creído, debe estar orgullosa de sí misma, porque la vanidad y el orgullo fácilmente toman asiento en el corazón de la mujer, halagada por la lisonja.

»Mas ¡quién sabe!... las mujeres son mejores de lo que generalmente se cree.

»Cuando vengas á Madrid, oirás á muchos decir:

»No hay mujeres imposibles.

»Y para probártelo, te citarán uno tras otro cien ejemplos, que serán ciertos, pero que nada prueban.

»Acuérdate, cuando los oigas, de que el color mas subido es el que se vé mas.

»Por esto, puede suceder que Luisa sea una escepcion de la regla general. Es difícil, porque el árbol débil fácilmente lo troncha el viento.

»Todavía sé mas.

»Sé que Luisa ha tenido un novio durante tres años.

»Es seguro, pues, que ha perdido algo.

»Y tambien puede asegurarse que ha ganado otro algo.

»Perdió... una ilusion, por lo menos.

»Ganó... un poco de esperiencia.

»No sé si pecho de escrupuloso; pero no me gustan las mujeres experimentadas.

»Quiero mejor la inocencia, casi la ignorancia; quiero el primer amor.

»No me gustaria que me dijera amores con las mismas palabras que empleó para enamorar á otro.

»¿Y si te digo, querido Juan, que ese anti-guo novio es un primo de Luisa, y un primo rico?

»Supongo, y creo que es suponer lo mejor, que Luisa y su primo solamente se aman ya con el amor de parientes.

»Un primo rico es á una muchacha pobre y bonita, lo que una cadena de *doublé* á un reloj de oro; lo que una mano blanca y suave encerrada en guante deslustrado.

»Para el que no haya visto el reloj ni la mano, esta será áspera y fea, aquel será, cuando mas, del mismo metal que la cadena.

»Esto aparte de que, para mí, un primo es siempre un inconveniente.

»Las madres confian sus hijas á los primos, y las hijas creen ir seguras y bien vistas con sus primos.

»Siempre que se pregunta á una de esas niñas: ¿con quién paseabas ayer? ¿quién era *aquel* con quien estabas en el teatro?

»Nunca contesta sencillamente: es mi primo; casi siempre dice: es mi *primo-hermano*.

»La palabra *hermano*, unida á la de *primo*, en esta ocasion, me hace el mismo efecto que si oyera en un entierro el repiqueteo de unas castañuelas.

»Tal parentesco no es mas, con harta frecuencia, que una excusa, un pretesto. Suele ser un velo que cubre á tres: á la prima, al primo y al novio.

»Nadie tiene interés en ver lo que la gasa oculta mas que el último; pero como son dos á sostenerla, por mas que uno tira, nunca la descorre, lo mas que hace es romperlo.

»¿Le diré á Pepe que no le conviene Luisa?

»Si no fuera tan mi amigo, si no le quisiera tanto, le hubiera contestado: chico, no sé qué decirte, haz lo que quieras.

»Pero debo decirle mi opinion.

»Si fuera yo el que hubiera de casarse, ya habria tomado mi partido. No lo pensaria tanto.

»Prometo no consultar con ninguno de mis amigos cuando me encuentre en ese caso.

»Luis, ó Manuel, ó Antonio, ó cualquiera de sus amigos, ya hubiera salido del apuro.

—¿Es rica la muchacha? le hubiera preguntado cualquiera de ellos.

—No.

—¡Horror!

—Pero es buena, modesta, bonita...

—¡Horror, horror!

»Si Pepe hubiera contestado:

—Sí, es rica.

—Cásate pues, sin vacilar, pero pronto, pronto.

»Yo, amigo Juan, no me atrevo á darle este consejo.

»No soy todavía mas que un pobre provinciano, con los mismos pensamientos, los mismos hábitos, la misma manera de ver las cosas, las mismas inclinaciones, que si nunca hubiera abandonado nuestro pueblo.

»Y la prueba es que no encuentro placer alguno en una porcion de cosas por las que se despetitan las gentes de por acá.

»Estoy en el teatro, y oigo un chiste de boca del payaso: el público aplaude la gracia, y yo me ruborizo al oirla. Dirijo la vista á un palco y veo á tres niñas, como tres querubines, que se rien tambien.

»Entonces me lleno de indignacion contra mí mismo, y me trato de ridículo y de tonto.

(Se concluirá.)

JERÓNIMO LAFUENTE.

EL LUCERO DE LA TARDE.

(Continuacion).

El semblante de Luisa se iluminó con la expresión de una profunda alegría.

—Dios es justo, murmuró con un acento de íntima gratitud, Dios es justo, y él era inocente.

—La mano de la Providencia le ha salvado, descubriendo casi milagrosamente al verdadero culpado.

—¡Cómo! preguntó indecisa la jóven; ¿sabe usted....?

—¡Todo! replicó D. Alonso con voz lenta y dolorosa; todo cuanto concierne á él: ahora necesito saber lo que te pertenece á tí.

—Pero Mendoza ¿dónde está? preguntó la madre de Clara con la mayor ansiedad. ¿Sabe él por ventura que está descubierto? ¿sabe por qué medios ha llegado V. á conocer la verdad?

—Aun lo ignora todo.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! va á sospechar que yo... por piedad, padre mio, déjele V. marchar, déjele libre; me va en ello mas que la vida!

—No te comprendo.

—Es verdad; en vano lucho por callar mas tiempo: ya es inútil, puesto que V. lo sabe todo; ya es inútil, y mi silencio solo conseguiria perderla mas aun.

—Pero ¿á quién? á ella, á mi Clara, á mi... ¡Oh, señor! si una hija no halla indulgencia y perdon en el corazon de su padre, ¿dónde le buscará? si su amor no la ampara y la protege, ¿dónde hallará refugio y sosten?

Luisa lloraba, y aquellas lágrimas, que se escapaban de sus ojos, caian lentas y abrasadoras en el alma de su padre.

—Habla, dijo el anciano, y apure de una vez la copa de dolor que Dios me ofrece hoy.

La jóven entonces refirió á su padre su matrimonio con Pablo, efectuado antes de la muerte de doña Inés, el nacimiento de Clara, su entrevista con Cisneros en la alameda del molino, y las amenazas de Adrian. Contó, con toda la amargura que llenaba su corazon de madre, la desaparicion de su hija de la cabaña de Marta, sus temores, su dolor, todo, en fin, implorando el perdon de D. Alonso y pidiéndole su ayuda.

El anciano, conmovido ante la desesperacion de su hija y tranquilo por ella, pues esperaba acaso otra desgracia mayor, la levantó en sus brazos otorgándole su amor, y el olvido de su pasado.

—Pero, ¿mi hija..? murmuró con acento suplicante.

—Tranquilízate, Luisa; lo primero es asegurar á ese hombre: su cabeza nos responderá de la vida de esa inocente niña, dijo el señor de

Padilla; yo voy á dar mis órdenes y te juro que no logrará quedar impune.

—¡Oh! V. no sabe de lo que es capaz ese miserable que ha perdido á mi hermano, y ha llenado de desolacion esta casa.

—¡Ay! el infame pagará su delito, aunque toda una existencia de tormentos no es bastante á expiar el luto de que ha sembrado los últimos dias de mi ancianidad.

D. Alonso sin separarse de su hija, cuyo duelo compartía, trazó en un pedazo de papel algunos renglones; con ellos debia Pablo quedar en libertad; tambien escribió algunas líneas, que mandó ejecutar á un hombre de toda su confianza.

Eran una órden de prision contra Adrian de Mendoza.

—En breve llegará tu esposo, dijo de nuevo á Luisa; tú aun puedes ser dichosa, pero yo...

—¡Oh! padre mio! ¿quién sabe!

—He recibido una herida en la honra y otra en el corazon: ambas son incurables.

—El arrepentimiento de Julio aun puede borrar su culpa; pero si Clara muere.. ¡Ay! Dios salve á mi pobre hija: mientras ella no esté á mi lado, no puede haber esperanza ni felicidad para mí.

En aquel instante la carta de Adrian fué presentada á la jóven por una doncella: Julio se la enviaba.

Luisa la leyó con ansiedad y un grito se escapó de sus lábios mientras el papel rodaba á sus piés.

—¿Qué es eso? preguntó D. Alonso alarmado.

—Lea V., lea V.; va á esperar su indulto al lado de Clara; exige de V. un pasaporte, una completa seguridad.

—¡Cómo!

—Sí; dice que le hallarán en las ruinas de la capilla de la Virgen: ¡allí tambien está mi hija!

—Vamos al punto; llevaremos fuerza armada, allí le prenderán.

(Se continuará).

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

MODAS.

Todavía hablan los periódicos franceses de trajes de viaje, mis bellas lectoras: todo setiembre llegan elegantes bañistas á Ems, la coqueta; á Ostende, la reina del mar, donde brilla como una estrella, en la actualidad, la bella, elegante y poética Mme. de Ratazzi, esa gran señora, que es al mismo tiempo una gran poetisa, y á la

que acaba de dar tan privilegiado renombre su obra *El Canto de Corina*, cuyas representaciones han sido honradas con la presencia del rey Victor Manuel, y con la de toda la corte.

Mme. la condesa Ratazzi es hoy la reina de aquellas playas, y lo mas escojido de la aristocracia francesa, inglesa é italiana jira en derredor suyo.

Es jóven, bella, elegante, discreta, y su esposo es, en política y en fortuna, uno de los hombres mas importantes de Europa, y por tanto no es extraño que empuñe el cetro de la moda.

A esta gran señora se le han visto, para pasear por la playa, dos trages sencillísimos que me describen.

Es el uno de lana abillantada azul Mejico, compuesto de falda y casaca: ambas cosas están bordadas de arabescos muy finos de seda negra: el bajo, ó parte inferior de la falda, está adornado con un grueso ruche de glasé negro, y los botones de la casaca, que es de largos faldones, son tambien de seda negra.

Otro traje se compone de falda y paletot flotante de popelina gris: la falda está guarnecida de cintas de terciopelo azul, formando piramides en todas las costuras: el cuerpo termina en tres puntas cuadradas, y está adornado del mismo modo que la falda, si bien mas en pequeño: las mangas, muy ajustadas, aparecen un poco hendidas sobre el brazo.

Este traje estaba levantado sobre una elegante enagua de mohair blanco, decorada con cinco volantitos, bordados de tafetan azul.

El cuerpo *Imperio* va ganando mucho terreno, y le han adoptado ya nuestras mejores modistas: es de talle redondo, liso y bastante corto: para subirle aun mas, se llevan ahora unos anchos cinturones abrochados con grandes hebillas de azabache, nácar, acero, oro ó plata: auguramos para muy en breve el traje corto, del que ya hemos visto algunos egemplares en Biarritz.

Ved aquí algunos trages elegantísimos y de poco coste.

Uno para paseo, visita y convite, propio de señora jóven, de tafetan pompadour, de fondo blanco, sembrado de largas ramas de lilas con follaje verde: este no admite otro adorno que un volantito de cinta lila al borde de la falda: cuerpo redondo y escotado en cuadro con un ruche de cinta lila, y guarnecido de un pequeño encaje blanco colocado hácia arriba; mangas ajustadas con jokey, y vueltas de cinta lila.

Otro, para señora de alguna edad, de glasé á cuadros blancos y negros: en la parte inferior de la falda, se coloca una rica pasamaneria, que termina con una franja bolero; mangas ajustadas con hombreras y vueltas de pasamanería con franja: cuerpo alto y redondo para llevarle

con cinturon ancho y hebilla de nácar ó plata.

Para señoritas nos describen cartas de Paris deliciosos modelos: uno de gasa indiana, tornasolada de gris y rosa—pues el tornasolado hace de nuevo su aparicion en el mundo elegante—adornado en el bajo de la falda por tres volantes denteados de tafetan rosa: el cuerpo es ligeramente fruncido, y completa el traje una mantelita adornada del mismo modo que la falda.

Otro de granadina blanca con rayitas violeta, algunos lazos de violeta y un cinturon flotante del mismo color componen todo su adorno.

Otro de muselina de la India: la falda está adornada por un volante de 20 centímetros superado por otros dos de cuatro centímetros cada uno, festoneados con seda rosa: sobre el último volante, un precioso dibujo de trencilla rosa serpentea caprichosamente. Cuerpo liso de dos petos y mangas ligeramente fruncidas en su parte superior y ajustadas en la inferior.

Basta ya de trajes esmerados, pues los de interior de casa son tambien muy apreciables: de estos debeis estar bien equipadas, pues la mujer es en su casa donde impera y luce todo el poder de sus gracias.

Un lindo traje de casa os hará triunfar en muchas ocasiones, porque las armas de la mujer son sus gracias, y debe ponerlas en relieve para ejercer su dulce dominio de esposa y de madre.

Es muy bonita para levantarse, en la estacion presente, una bata de piqué gris claro, guarnecida en el bajo de la falda con algunas patas de piqué anteado y bordado en soutache negro.

Para vestir, despues de concluida vuestra *toilette*, elegid un traje de alpaca azul claro, bordado de soutache negro, con su larga casaca abierta en el pecho que deje ver una linda camiseta plegada, de esas que son tan bonitas y tan baratas.

Vestíos tanto, por lo menos, para vuestra familia como para los extraños; esto es, sed elegantes en el interior de vuestra casa, tanto como lo sois fuera; aun cuando nadie os viera, debiais ser cuidadosas de vuestra persona por vosotras mismas, pues el que no se estima á sí propio no debe exigir ni esperar la estimacion ajena: además, os voy á decir una cosa al oido, como ya os he dicho alguna otra: los esposos se quejan de que vosotras guardais para los demás los trajes costosos que ellos pagan, y que ante ellos os presentais descuidadas, y esto lo toman á desaire, no sin razon.

Pues bien: para contentarlos, cuidad de que vuestro tocador esté bien provisto, sin que parezca una tienda de perfumería: dice la condesa D' Ahs en su admirable *Libro de las mujeres*, que

«para limpiarse todo es poco: para pintarse todo es mucho.»

No destruyais con los afeites, vuestras gracias naturales, sino realizadlas por medio de un aseo esquisito y del estudio de lo que mas os favorece; porque, creedme, una *toilette* inteligente, elegante y acertada, es uno de los mayores encantos, y un auxiliar muy poderoso de la mujer.

PAMELA.

ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS.

Núm. 1. Cuello de señora para bordar á plumetís sobre muselina. (Algodon, núm. 70.)

Núm. 2. Puño correspondiente á dicho cuello.

Núm. 3. Pañuelo para bordar en aplicacion sobre tul de Bruselas.

Núm. 4. Pañuelo á plumetís y punto de armas, con calados de Alençon en el borde y en las flores. (Algodon núm. 120; hilo de calados, núm. 500.) Este pañuelo debe guarnecerse de Valenciennes.

Núm. 5. Cubierta de un acerico duquesa para bordar los ramitos de rosa en muselina y aplicacion de tul de Bruselas, y el fondo en soutache sobre la muselina: la cifra L. R., se bordará á plumetís.

Núm. 6. Abanico de chimenea para bordar en sedas sobre tafetan blanco. Se puede suprimir la mariposa y reemplazarla por una cifra.

Núm. 7. Tira de un gorro griego, para bordar en soutache negro sobre paño castaño oscuro.

Núm. 8. Redondel del gorro.

Núm. 9, 10 y 11. Tiras de feston para guarniciones de gorras de noche, ó ropa blanca de niños. (Algodon núm. 30.)

Núm. 12. Tira de bordado inglés para guarniciones de camisa. (Algodon núm. 40.)

Núm. 13. Entre dos para enagua en soutache y bordado inglés: los rosetones de este dibujo deben hacerse al feston.

Núm. 14. Mitad de un delantal de vestido de señora para bordar en soutache sobre tela inglesa ó sobre piqué blanco. En este delantal esta indicada la continuacion en la parte inferior á fin de que se pueda, si se quiere, prolongar el dibujo al rededor de la falda.

Núm. 15. Delantero de un cuerpo-húsar: dibujo correspondiente al delantal núm. 14.

Núm. 16. Mitad de la espalda para dicho cuerpo, que se une al delantero por las letras A. B.

Núm. 17. Costadillo del citado cuerpo que se une á la espalda y al delantero, en el escote de la manga, por las letras C. D.

Núm. 18. A. G., á plumetís, para pañuelo.

Núm. 19. S. D. Id. id.

Núm. 20. Leonie. Id. id.

Núm. 21. A. L. para tohallas finas.

Núm. 22. E. B. para camisa.

Núm. 23. V. R. enlazadas, á plumetís, para pañuelo de batista, de caballero. (Algodon número 60).

Núm. 24. Josephine, á plumetís.

Núm. 25. Helene, id.

Núm. 26. Hedwig, id.

Núm. 27. A. V. id., para pañuelo.

Núm. 28. D. M., para id.

Núm. 29. G. R., para almohadas, á feston, punto de rosa; están unidas por un lirio, que se ejecuta tambien á feston.

Núm. 30. Mathilde, á plumetís, para pañuelo de señorita.

Núm. 31. Anna, á plumetís.

Núm. 32. F. V. letras góticas, para pañuelo.

Núm. 33. Elise, á plumetís, para id.

Núm. 34. L. B. enlazadas, á feston, para almohadas.

Núm. 35. E. B. B. letras Francisco I, con corona de marques para mantelería rica.

Núm. 36. Henriette, á plumetís.

Núm. 37. Josephine, id.

Núm. 38. E. B. B., letras Francisco I, para pañuelo de batista. (Algodon núm. 70.)

Núm. 39. G. D. á plumetís, para id.

Núm. 40. E. L. enlazadas, á budoquitos, para almohadas.

Núm. 41. Esther, á plumetís.

Núm. 42. E. D. á plumetís, para mantelería diaria.

Núm. 43. D. P. á plumetís, para pañuelo bordado.

Núm. 44. Valentine, á plumetís, para pañuelo de señorita.

Núm. 45. Marguerite, id. id.

Núm. 46. J. L. enlazadas, con corona de vizconde, para mantelería, á plumetís.

Núm. 47. C. H., letras cruzadas para pañuelo de caballero.

Núm. 48. Elisabeth, á plumetís y punto de arena.

Núm. 49. C. D., feston, para pañuelo.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORJA, 14.